

La condición en que se halló el joven González, á consecuencia de la pérdida de su respetable tío el Sr. Lic. Mendoza, cuando cursaba apenas gramática, hizo probar mortificaciones á un corazón como el suyo, en que ya se bosquejaba, como principio de conducta en toda su vida, el ser útil á todos, pero gravoso á nadie.

Su hermana se hallaba enlazada con el Sr. Lic. Félix Perez Maldonado y con bastante familia. Simple estudiante como era el joven González no podía concurrir á los gastos domésticos, y su extrema delicadeza, excitada por semejante causa, fué la que lo impulsó á salir, á abandonar su pueblo. ¡Feliz momento el en que aquel joven, trayendo un gran porvenir en su cerebro, resolvió venir á fijar sus lares en la entonces exigua Monterrey! El ilustrado Jalisco perdía únicamente un joven y Nuevo-León adquiría, nó un vecino, sino propiamente un hijo, que debería en no lejanos días ser su mejor ornamento, su orgullo, su gloria.

El destino trajo un angel tutelar para los habitantes de esta ciudad en aquel joven, en aquel huérfano que llegaba casi sin conocer á nadie. El feroz cólera *morbis* batía sus negras alas sobre Monterrey y en todo Nuevo-León. La Monterrey de entonces no era, como debe suponerse, la de hoy. Ignorantes sus autoridades hasta de los más vulgares elementos de

higiene pública, asombrábanse del espantoso número de víctimas que caían al certero golpe de la atroz plaga. No sabían que el magnífico vertiente que brota en el corazón de la ciudad, contribuía con las exhalaciones de sus remansos y charcos á recrudecer cualquiera afección morbosa. Allí se anidaba la paludiana; allí el elemento que hacía cortejo seguro al voraz hijo del Ganges, que en aquel año 1833, desplegó una saña tal en nuestro suelo, que aquella epidemia es conocida entre nosotros con el calificativo de *cólera grande*, y sirve aún á los campesinos ancianos como época para punto de referencia en sus narraciones.

El joven que llegaba, trayendo en su corazón un tesoro de sentimientos y en su espíritu la buena voluntad y la firme decisión de entregarse á la práctica de la humanitaria ciencia que había abrazado, encontró desde luego un ámpleo campo en que desarrollar sus nobles inclinaciones de realizar el bién, cumpliendo en cada instante con el mandato evangélico: ama á tu prójimo como á tí mismo.

El querer es poder para ciertos hombres. El pasante de medicina, en cuyo apacible y magestuoso rostro resplandecía la bondad; por cuyos labios derramábanse á torrentes palabras festivas, que por sí solas eran un lenitivo para las dolencias; en cuyos ojos asomaba la irradiación de una alma creadora y á la vez práctica, elemento esencial para ejercer con

éxito la medicina, que puede considerarse el arte de las artes; el joven que venía como huésped al Estado en que, en aquel tiempo, la ciencia de Hipócrates era casi un conjunto de principios empíricos, no habiendo fuera de esta ciudad, sino en la de Montemorelos el caritativo sacerdote D. Diego de Mendivil, que ejercía la medicina desde 1819 (falleció en 1851); ese joven lleno de vida, ejemplo de desinterés, activo, laborioso y sabio, comenzó, poco después de haber principiado á prodigar sus cuidados, sus solícitos desvelos á la clase menesterosa, á oirse llamar *Gonzalitos*. Esa palabra, símbolo de la gratitud de un pueblo, en las alas de la tradición ha sido transmitida hasta hoy, durante 50 años, aunque no fué esculpida ni en mármoles y ni en bronce. Solo al descender á la tumba quien la mereció en vida, fué puesta en el frontispicio del Hospital, que había fundado, queriendo así sus discípulos grabar allí la página en que la escribió la aclamación de cuatro generaciones.

Y puede decirse que aquel, á quien tan afectuosamente se llamaba con ese diminutivo, no era conocido con otro nombre. Una vez recientemente venido yo al Colegio (1860) oí hablar de un Dr. González, y preguntando quien era, me asomé de que se dijera que era Gonzalitos. Yo, hijo de un pueblo, aprendí desde mi infancia ese bendito nombre de los labios de mis padres, y lo repetía

con cariño antes de conocer al egregio sabio! Después de que lo conocí, dábame hasta pena de que alguno le llamase González y aun hacía esfuerzo para comprender que á él se refería. ¿Cómo es posible, decíame, que no se trate con cariño á quien es tan benévolo y tan caritativo?

Feliz estuvo el joven González en haber electo para su residencia una población como era entonces Monterrey. Si no ganaba en brillo, ganaba en solidéz en sus estudios. Su carácter pacífico y perseverante, su convicción de ejercer como médico un sacerdocio en bien de la humanidad, hicieron arraigar en él una aplicación infatigable y una ardiente sed de saber.

Esos elementos, su asombrosa memoria y su gran talento le hicieron adquirir conocimientos nada superficiales sobre todas las ciencias.

Estudiaba día y noche. Jamás, ni al hacer sus visitas, se le vió desocupado. Recorriendo las calles, las plazas y los lugares más incómodos, no dejaba de leer. Todos lo que le miraban no le perturbaban, y diligentes y respetuosos le franqueaban el mejor paso. Nunca he oído que se le criticara por tal acción, que en otro podría juzgarse como un rasgo de necia petulancia. ¡Tal es el ascendiente del mérito y de la virtud! Y solo con esa asiduidad perpetua, con ese empeño incansable, es

como, contrariando el principio del padre de la medicina,—*ars longa vita brevis*,—el arte es largo y la vida es breve, asombraba á cuantos le oían hablar sobre crónología, historia sagrada y profana, bellas letras, jurisprudencia, astronomía, matemáticas, geología, física, geografía, música y sobre todos los diversos ramos que comprende el complicado estudio de su profesión. Y si preguntáis en cuál de todos esos conocimientos estuvo más versado, os responderé que lo ignoro. El os mostraría cuántos autores habían escrito sobre una materia determinada, sus opiniones y sus puntos de discrepancia, y aun hasta páginas enteras os referiría su estupenda é infalible memoria. Era un conjunto de conocimientos que pasmaba; tanto más cuanto que no se observaban en él la petulancia y el orgullo del que no sabe, ó como diría Hipócrates, del que cree saber. Tenía el acertado juicio, el aplomo y la amable franqueza é ingenuidad del que no posee una ciencia nada superficialmente, sino con certeza y profundidad. En él tampoco se veía la confusión de ideas del que violentamente y sin reflexión ha pasado por una materia; y si se atiende á lo vasto de todos sus estudios, bien se podrá concebir la potencia de su genio prodigioso, pensador y reflexivo!

III.

Su enlace.—Varios nombramientos. Literatura.

ESTIMADO por los que le conocían, querido por aquellos á quienes honraba con su fina amistad, respetado por los que una vez hablaron con él, no desmentida su reputación por la debilidad que acompaña al hombre; sólo hubiera tenido recuerdos deliciosos. Pero ay! parece que la fatalidad no perdona ni al saber, ni á la virtud! Siempre en todos los tiempos y en las naciones todas han encontrado los hombres más eminentes, en medio de la fama adquirida y de las justas alabanzas que se les tributa, una amargura, un desabrimiento, un acto que hiere en lo más profundo del corazón. Y así vemos á la miseria persiguiendo al genio, desde Homero, creador del poema épico, á quien la leyenda pinta ciego y subsistiendo de cantar de pueblo en pueblo trozos de sus inmortales epopeyas; desde Sócrates el más sabio de la Grecia, según el oráculo, y que fué el que antes que nadie dió lec-